

Sweig, Julia. *Inside the Cuban Revolution: Fidel Castro and the Urban Underground*. Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 2002. 254 páginas.

Susana Romero Sánchez

*Estudiante, Maestría en Historia
Universidad Nacional de Colombia*

Inside the Cuban Revolution es uno de los últimos trabajos sobre la revolución cubana, incluso se ha dicho que es el definitivo, escrito por la investigadora en relaciones internacionales con América Latina y Cuba, Julia Sweig, del Consejo para las Relaciones Internacionales de Estados Unidos y de la Universidad John Hopkins. El libro trata a la revolución cubana desde dentro (como su título lo insinúa), es decir, narra la historia del *Movimiento 26 de julio* (M267) –sus conflictos y sus disputas internas; mientras, paralelamente, explica cómo ese movimiento logró liderar la oposición a Fulgencio Batista y cómo se produjo el proceso revolucionario, en un período que comprende desde los primeros meses de 1957 hasta la formación del primer gabinete del gobierno revolucionario, durante los primeros días de enero de 1959. En lo que respecta a la historia del 26 de julio, la autora se preocupa principalmente de la relación entre las fuerzas del *llano* y de la *sierra*, y sobre el proceso revolucionario, el libro profundiza en cómo el M267 se convirtió en la fuerza más popular de la oposición y en su relación con las demás organizaciones.

Uno de los grandes aportes de Sweig es que logra poner en evidencia fuentes documentales cubanas, a las cuales ningún investigador había podido tener acceso con anterioridad. Esas nuevas fuentes consisten en el fondo documental *Celia Sánchez*, de la Oficina de Asuntos Históricos de La Habana, el cual contiene correspondencia entre los dirigentes –civiles y militares–¹ del Movimiento 26 de julio, informes y planes operacionales durante la “lucha contra la tiranía”, es decir, desde que Fulgencio Batista dio el golpe de estado a Carlos Prío Socarrás, el 10 de marzo de 1952, hasta el triunfo de la revolución cubana, en enero de 1959. Esta fuente documental muestra, durante el período estudiado, que el 26 de julio se encontraba en un momento en el cual debía definir la táctica definitiva que emplearía para el derrocamiento de Batista y la forma como lideraría la posterior formación de un gobierno provisional, y que sus debates se centraban en asuntos más prácticos y operativos que ideológicos. En la investigación también fueron

¹ Entre ellos: Fidel Castro, Raúl Castro, el Che Guevara, Juan Almeida, Frank País, Armando Hart, Ricardo Alarcón, Celia Sánchez, Haydée Santamaría, Enrique Oltuski, Marcelo Fernández, Pedro Miret, René Ramos Latour, Gustavo Arcos, Léster Rodríguez, José Llanusa, Taras Domitro, Luis Buch y Vilma Espín. Además el archivo contiene correspondencia con otros personajes que hacían parte de la oposición en el exilio y en Cuba, con algunos miembros del partido comunista cubano, el Partido Socialista Popular (PSP), y con simpatizantes e incluso rivales del Movimiento 26 de julio.

consultados archivos del Departamento de Estado y de la Central de Inteligencia de Estados Unidos, que le permiten a Sweig obtener información sobre el gobierno de Batista y sobre la percepción del país del norte acerca de la situación cubana.

La información que arrojaron estos documentos inéditos le sirvió, en gran medida, a Sweig para cuestionar en tres puntos fundamentales las versiones tradicionales sobre la historia de quiénes fueron los actores principales y cómo se produjo el derrocamiento de Batista: la división del 26 de julio entre dos frentes rivales, la sierra y el llano, la importancia del año 1959 y el papel protagónico de Fidel Castro. Estas versiones tradicionales, que han servido para consolidar el “mito revolucionario”, están fundamentadas principalmente en las publicaciones que realizó Ernesto Guevara entre 1959 y 1964, en diversos medios impresos cubanos como *Verde Olivo*, su diario sobre las batallas políticas y militares durante los veinticinco meses de insurrección en la Sierra Maestra, y otros artículos que en su conjunto comprenden un cuerpo teórico sobre la lucha revolucionaria, que fue conocido como la teoría del *foco* revolucionario; según ésta la sierra y el llano eran frentes en completa disputa y el triunfo revolucionario se lograría sólo mediante la lucha guerrillera, con el apoyo del campesinado—motivado por las perspectivas de un programa de reforma agraria; posteriormente convergerían a esa gran lucha los trabajadores y partidos políticos de vanguardia. Diferentes versiones de los diarios de guerra del *Che* han sido publicadas, una de ellas, y tal vez la más conocida es *Pasajes de una guerra revolucionaria*.² Posteriormente, Carlos Franqui, quien también fuera militante del Movimiento 26 de julio, publicó diferentes recopilaciones documentales sobre la revolución, entre ellas parte de la correspondencia que trabaja Sweig, según ella recortada o con las fechas incorrectas, lo que refuerza la división antagonica entre la sierra y el llano.

La autora sostiene que prácticamente toda la historiografía sobre cómo Fidel Castro logró derrocar a Fulgencio Batista reproduce el énfasis que el *Che* le dio al ejército insurgente o guerrilla, como la causa principal del triunfo revolucionario. La rivalidad entre la sierra y el llano, o la polarización ideológica, estratégica, organizativa y política entre los rebeldes armados en la Sierra y la milicia clandestina en las ciudades, ha sido empleada como una de las principales dinámicas del Movimiento 26 de julio durante el proceso de toma del poder político en Cuba (p. 2). Sweig considera por lo tanto que el papel de Guevara en la difusión de este mito revolucionario de los “padres fundadores” fue el de un historiador, y la investigación de ella colabora en debilitar esa fuerte creencia de la historiografía sobre Cuba.

Efectivamente, el libro muestra que la relación entre sierra y llano no fue de disputa durante todo el período revolucionario. Por el contrario, los miembros del Directorio Nacional (la organización que dirigía y planeaba las acciones de

² Ediciones Unión, La Habana, 1963.

sabotaje de las milicias clandestinas de las ciudades, especialmente en Santiago de Cuba y la Habana) ejercieron un papel fundamental en apoyar e inclusive condicionar las acciones militares de la guerrilla de la Sierra Maestra: eran estrategias que concebían la relación entre sierra y llano durante la “lucha contra la tiranía” como complementarias. Hasta el fracasado paro general de abril de 1958, el cual fuera la principal estrategia del M267 para derrocar a Batista, la gente del llano lideraba no sólo la acción insurgente en las ciudades sino también las negociaciones con los demás grupos de la oposición,³ los trabajadores, los estudiantes y con los Estados Unidos,⁴ y proveía a la sierra de equipos, armas, municiones, alimentos, medicinas y dinero.

Personajes como Frank País, Armando Hart y Marcelo Fernández, que a su turno fueron secretarios del Directorio Nacional, fueron los propulsores de la estrategia de “paro nacional” (o guerra total), contaban con el apoyo y la aprobación de Fidel Castro, tanto en las acciones adelantadas en Cuba (secuestros, incendios, paros en las escuelas), como en el exterior (envío de armamento y negociaciones con la oposición). A pesar de que la sierra tomó el liderazgo de la estrategia militar y política del movimiento a partir de mayo de 1958, antiguos miembros del Directorio Nacional (como Haydée Santamaría, Luis Buch, José Llanusa y Carlos Franqui) –disuelto por Fidel Castro después de esa fecha– siguieron ejerciendo un papel trascendental consiguiendo financiamiento y armas para la sierra y haciendo política con la oposición.

Por otro lado, Sweig muestra que en realidad el *Che* Guevara tuvo discordancias con los líderes del llano y los consideraba insuficientemente revolucionarios, suaves, con demasiada prudencia para no despertar la suspicacia del gran vecino del norte e incapaces de romper con su procedencia de clase media. Guevara fue mantenido al margen, tal vez intencionalmente –anota Swieg– (p. 129), de la planeación y ejecución del paro general y de ciertas movidas políticas de importancia en el exilio (que no hay que olvidar, eran las que proveían a las guerrillas de armas y de recursos), ya que se había manifestado en contra de dicha estrategia, y

³ La oposición al gobierno de Fulgencio Batista era heterogénea y comprendía organizaciones de civiles y de militares disidentes (como los *Puros*), de profesionales y de clase media (las *Instituciones Cívicas*), de partidos políticos (los *Ortodoxos*, el *PSP* y los *Auténticos* –cuyo brazo armado era conocido como la *Organización Auténtica*, OA), de estudiantes (la *Federación de Estudiantes Universitarios*, FEU, que tenía su propia organización armada, el *Directorio Revolucionario Estudiantil*, DRE) y de trabajadores que no hacían parte del sindicato más grande del país, la Confederación de Trabajadores Cubanos, CTC, la cual apoyó a Batista durante la mayor parte de su gobierno. La OA y el DRE eran fuerzas opuestas a la guerrilla de Fidel Castro. Esta heterogénea oposición tenía más un interés en establecer una agenda nacionalista y reformista, que una preocupación por mejorar las condiciones económicas de la isla, discurso que era para Sweig, una especie de “subtexto” en la época (pp. 121–122).

⁴ Sweig señala que Vilma Espín, Haydée Santamaría, Armando Hart y Luis Buch, de la milicia del llano, se reunían con frecuencia con dos oficiales del Consulado de Estados Unidos en Santiago de Cuba (p. 29).

más bien trataba de persuadir a Fidel Castro de que se fortalecieran las guerrillas, coincidiendo con las críticas que el Partido Socialista Popular (PSP, el partido comunista de Cuba) le hacía a la milicia urbana. Así que el *Che*, que si bien jugó un papel trascendental a partir de mayo de 1958 en la lucha revolucionaria, antes de esa fecha no era ni estrategia ni negociador o mediador del 26 de julio y simplemente no conocía al detalle cómo se estaba desarrollando el paro general.

El segundo mito que el libro intenta debatir es sobre la importancia del año de 1959. Para la autora, el nuevo momento histórico que vivió Cuba a partir de la revolución de 1959, el surgimiento de un gobierno revolucionario que buscaba consolidar la autonomía y soberanía de la isla, es entre otras circunstancias consecuencia de la necesidad que tuvo esta generación que accedía al poder de romper con la tradición política de Cuba, cuya dinámica particular se consolidó a partir de los años treinta. Esta ruptura es especialmente importante en lo que respecta a las relaciones con Estados Unidos, ya que la generación de políticos que llegó al poder en Cuba desde los años treinta recurrió consecutivamente a establecer alianzas con ese país para resolver los problemas políticos internos. Según Sweig, este comportamiento le sirvió de lección a la generación de revolucionarios que comprendieron que el seguir ejerciendo el mismo esquema los iba a conducir al fracaso (p. 3). Adicionalmente, este importante aspecto generacional es fundamental para entender por qué el M267 en algunas ocasiones se mostró reticente a firmar pactos de unidad con las demás organizaciones de la oposición, ya que por un lado no quería verse envuelto en la “politiquería” tradicional, y por el otro, quería mantener la autonomía política y operacional del movimiento, condicionando a la oposición a establecer pactos bajo la hegemonía del 26 de julio y bajo el liderazgo de Fidel Castro.

De otro lado, la autora confirma su percepción sobre la importancia relativa de 1959, mostrando que durante 1958 se produjeron acontecimientos decisivos en lo que respecta a la “lucha contra la tiranía”, como el auge y posterior fracaso de la estrategia del llano, el fortalecimiento de la guerrilla revolucionaria después de dicho fracaso, el embargo de armas para Batista por parte de Estados Unidos – decisión en la cual las conversaciones con los líderes del M267 tuvieron gran influencia–, la pérdida de apoyo a Batista por parte de la gran mayoría de los cubanos y la hegemonía del movimiento sobre las demás fuerzas de la oposición; condiciones que definieron trascendentalmente las dinámicas que tuvo la consolidación del gobierno revolucionario.

El tercer mito que el libro desvirtúa es sobre el papel de Fidel Castro durante el período de insurgencia. Como se sugirió anteriormente, los miembros del Directorio Nacional tomaron las decisiones sobre tácticas, estrategia, inversión de recursos, relaciones políticas con otros grupos (de exiliados y adversarios al M267) y con Estados Unidos, quienes eran personajes menos conocidos que el *Che*, Fidel o Raúl Castro. Sweig encontró que Fidel Castro sólo asumió el completo liderazgo

del 26 de julio después del fracaso de abril de 1958, cuando decidió actuar como secretario general, disolvió el Directorio Nacional y comenzó a controlar las negociaciones en el exilio y a fortalecer la guerrilla de la sierra, mientras el llano era puesto como fuerza de contención y apoyo.

Muy relacionado con la disputa entre la sierra y el llano, Sweig resalta en su narración la importante labor que realizaron militantes de clase media –jóvenes profesionales, algunos egresados de universidades norteamericanas, como Enrique Oltuski y Vilma Espín–, cuestionando la imagen tradicional sobre la revolución como un proceso apoyado sólo por campesinos y trabajadores. Tanto los guerrilleros de la Sierra Maestra como las milicias del llano fueron aprendiendo sobre la marcha, y si bien la guerrilla se impuso sobre el sabotaje en las ciudades, no fue porque las justificaciones teóricas acerca de dicha estrategia hayan sido adoptadas previamente como exitosas.

Es así, como Sweig logra convencer al lector de sus argumentos, no sólo por su sólido sustento empírico,⁵ sino también por medio de sus estrategias narrativas. Al lector le resultará inevitable no desarrollar simpatías por aquellos personajes de clase media que pensaban estrategias, servían como mediadores, sentían miedo, discutían y triunfaban, lamentando que en algunas ocasiones no pudieran llegar hasta final de la historia. Este trabajo cuenta una historia apasionante, un proceso trascendental en el siglo XX latinoamericano, que no sólo modificó el curso de la vida cubana, sino que también influyó en la dinámica política de países como Colombia.

⁵ A pesar de sus grandes cualidades, Sweig comete una imprecisión al sostener que Pablo Casals era guitarrista y no chelista (p. 165).